

CICLO DE GRANDES INTERPRETES DE PIANO

CICLO DE GRANDES INTÉRPRETES DE PIANO_
Auditorio Nacional de Música, Sala Sinfónica _ 17 mayo 2025. 19:30 h



KATIA BUNIATISHVILI



SCHERZO
SCHERZO
SCHERZO
SCHERZO

FUNDACIÓN
DACIÓN
NDACIÓN
ACIÓN

KHATIA BUNIATISHVILI

17 de mayo, a las 19:30 h

FRANZ SCHUBERT (1797 – 1828)

Cuatro Improptus op. 90, D 899

1. Allegro molto moderato en Do menor
2. Allegro en Mi bemol mayor
3. Andante en Sol bemol mayor
4. Allegretto en La bemol mayor

FRÉDÉRIC CHOPIN (1810 – 1849)

Sonata nº 2 en Si bemol menor op. 35

1. Grave – Doppio movimento
2. Scherzo
3. Marche funèbre: Lento
4. Finale: Presto

WOLFGANG AMADEUS MOZART (1756 – 1791)

Sonata en Do mayor K 545

1. Allegro
2. Andante
3. Rondo: Allegretto

FRÉDÉRIC CHOPIN

Balada nº 4 en Fa menor op. 52

FRANZ LISZT (1811 - 1886)

Mephisto-Vals n.º 1, S 514

(“*Der Tanz in der Dorfschenke*” / “*El baile en la taberna del pueblo*”)

*Por petición de la intérprete, este programa
no lleva descanso o intermedio*

Romanticismo en vena

El periodo central del Romanticismo, en el siglo XIX, es uno de los momentos estelares en la historia del piano. Hasta el punto de que el repertorio creado en esas décadas continúa siendo el soporte básico de la interpretación de nuestros días, rompiendo las barreras del tiempo, de las modas, de los cambios interpretativos y tantos otros obstáculos que han oscurecido cada momento histórico.

Algo encierra esa música que nos sigue interpelando con intensidad furibunda, tanto a los intérpretes como al público que seguimos fascinados por ese inmenso caudal melódico, sus precedentes y las secuelas que éste tuvo mucho después de que diésemos por difunto al movimiento artístico del fulgor expresivo, del lirismo encendido y de los más virulentos contrastes.

El programa que hoy nos ocupa es buen ejemplo de ello. Autores como Schubert, Chopin o Liszt se insertan de lleno en ese torrente de vida y música entreveradas y en otros precedentes como Mozart siempre se esfuerzan los especialistas en encontrar rasgos y precedentes que anticipan lo que estaba por venir.

Precisamente Franz Schubert (1797-1828) es uno de los compositores clave del primer Romanticismo en el ámbito germánico. Autor prolífico, y cómo no, de turbulenta biografía, las composiciones para piano ocupan un lugar de privilegio en su amplio catálogo. Entre ellas sus 8 *impromptus* están entre las más populares. Frente a otras obras de carácter más íntimo, en la que nos ocupa, la primera de las dos colecciones y escrita en 1827, los *Cuatro impromptus Op. 90, D 899*, nos presenta ya una personalidad de mayor densidad expresiva, siguiendo esquemas formales variados, entre ellos

la sonata o el rondó. Encontramos, asimismo, en plenitud su infinita inventiva melódica; sirva como ejemplo el sublime canto del *Impromptu n° 3*. Ese tránsito que nos ofrece entre un cierto aquietamiento lírico y algún poderoso pasaje que altera la serenidad general lo convierten en una cima interpretativa que exige al pianista un más que relevante ejercicio de estilo.

Como muchos compositores del periodo romántico, Frédéric Chopin (1810-1849) no tuvo una querencia especial por el género de la sonata; su propensión por las formas más breves fue, clave en el desarrollo de su catálogo pianístico. Sólo compuso tres, la primera de ellas una obra de juventud y las otras dos, esta *Número 2 en Si bemol menor, Op. 35* y *la Número 3, Op. 58*, en las que la belleza de su planteamiento global puede sobre cualquier otra descripción. No fue, la *Op. 35*, una obra escrita de seguido, se concibió en dos momentos: un impulso inicial en 1837, año en el que escribe el tercer movimiento, la célebre “Marcha fúnebre”, y un segundo envite en el que termina los otros tres movimientos dos años después en Nohant, en casa de George Sand, a la vuelta de su particular *viaje de invierno* en la cartuja de Valdemossa en Mallorca. La “Marcha fúnebre” se ha utilizado hasta la saciedad en multitud de películas sin que por ello pierda un ápice su arrebatado de desolación y desesperanza. La preceden dos movimientos de notable ímpetu expresivo y la sucede un cierre agitado en el que, por momentos, se atisban rasgos que más adelante desarrollará el movimiento impresionista.

No es algo casual esa desafección tan romántica por la sonata, forma nacida en el barroco y que encontró en el clasicismo buen acomodo, para iniciar ya entrado el XIX una lenta y gozosa agonía. Quizá el peso de Beethoven -con creaciones monumentales que llegan a nuestro tiempo como auténticas cumbres creativas- supusiese un freno demasiado cercano, pero tampoco es un hecho menor el inconformismo del compositor romántico al tener que atarse a un esquema formal prefijado que concebía como un freno a su creatividad.

Si echamos la vista atrás la figura de Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791) tiene en este ámbito magníficos ejemplos como la *Sonata en Do mayor, K 545*. En la música de Mozart nos encontramos ante una paradoja llamativa: lo que, en apariencia, es lo más fácil acaba siendo, de lejos, lo más difícil y complicado. Él la denominaba *pequeña sonata para principiantes*. Sin duda la idea que Mozart podía tener de un debutante en el mundo del teclado difiere de la nuestra, o de la mayoría de sus coetáneos, porque esa aparentemente galante y sencilla partitura requiere en sus tres movimientos una férrea capacidad para transmitir la cristalina construcción que la define de principio a fin.

Frédéric Chopin encuentra un fenomenal vehículo expresivo en las *Baladas*. Escribe cuatro y define un género que aglutina otros y los mezcla en una suerte de mixtura que nos acaba dejando algunas de sus obras de mayor intensidad dramática. En sus *Baladas* hay inspiración literaria -en Schiller, Heine o Goethe, entre otros-. Lleva al piano esas lecturas que le apasionan, pero no de un modo programático, sino que les confiere un tono épico, de fuerte intensidad poética.

Con la *Balada nº 4 en Fa menor, Op. 52* (también compuesta en Nohant, en el verano de 1842) nos encontramos con una de sus obras maestras. Arranca con un suave tema de ritmo ondulante y nostálgico y, de manera paulatina, la textura se hace más densa, camino de un segundo tema apasionado y virtuoso que lleva en su entraña la alternancia entre tonos heroicos y líricos que desembocarán en un final opulento, sin tregua.

Como una poderosa onda expansiva el *Mephisto-Vals nº1, S 514* (*el baile en la taberna del puerto*) nos lleva hacia el Franz Liszt (1811-1886) más convulso. Fascinado con la figura de Fausto -con Goethe mediante y también con Nikolaus Lenau en este caso- compuso varias obras con ese título.

El *número 1* es de una dificultad de ejecución mayúscula, sólo al alcance de pianistas virtuosos y valientes. La versión pianística -publicada un año después del estreno del díptico

orquestal editado en 1861- es un pasaje descriptivo, una danza salvaje en el que Mefistófeles, al violín, invita a Fausto a bailar con una muchacha en una noche tabernaria para acabar huyendo con ella al bosque. Si buscamos un exponente del Liszt más exaltado es una muestra impecable.

COSME MARINA



Pianos siempre
I M P E C A B L E S

Venta de pianos, alquiler para conciertos,
alquiler con opción a compra, mantenimiento,
asesoramiento, afinación, traslados,
restauración...